

HISTORIA ORAL DEL COMPONENTE AEREO MALVINAS

ACLARACION DE www.radarmalvinas.com.ar

El siguiente es el relato del entonces Mayor Antonio Federico GONZALEZ ITURBE, quien se desempeñó como Jefe de la central de comunicaciones Cables and Wireless durante el Conflicto de Malvinas

MI EXPERIENCIA EN LAS ISLAS MALVINAS

Copyright © Antonio Federico González Iturbe



El relato está relacionado con la entrevista al entonces Mayor González Iturbe publicada en 2006 en el libro *Malvinas Otras Historias* del Brigadier Rubén Oscar Palazzi

El mismo está disponible en la Dirección de Estudios Históricos de la Fuerza Aérea Argentina

MI EXPERIENCIA EN LAS ISLAS MALVINAS

Preparación para el día D

Este trabajo fue escrito habiendo pasado más de 15 años de la gesta, por lo que algunos datos pueden no ser precisos especialmente en cuanto a lo relacionado con el tiempo calendario.

El día viernes 26 de marzo de 1982 recibí telefónicamente del Comodoro Castaña Jefe del Departamento Comunicaciones del Comando de Operaciones Aéreas la orden de estar listo al día siguiente para embarcar en la plataforma militar del Aeroparque Jorge Newbery para participar en un operativo en el Sur del País. La información era muy escueta, pude sacar en limpio que el vuelo sería a Comodoro Rivadavia y que iba como A-5 del Estado Mayor (Jefe de Comunicaciones) que se constituiría. Entre las recomendaciones que recibí fue que no lo comentara con nadie, porque era un operativo secreto.

Le informé al Comodoro Castaña que no tenía ropa de combate y que en la Región Aérea Centro el personal no tenía ese tipo de ropa provista. Me pidió que con el mayor grado de cautela la obtenga de algún compañero. Como vivía en el Edificio Alas me fue posible conseguir la ropa de combate del Mayor Emilio Calderón, cuyas dimensiones físicas eran similares.

Al día siguiente partimos todo el Estado Mayor en un avión Guaraní con destino a Comodoro Rivadavia, previa escala en Bahía Blanca. Me llamó la atención que los que integrábamos este operativo éramos un grupo de Mayores o Vicecomodoros modernos.

Llegamos a Comodoro Rivadavia a la hora de almorzar, nos recibió el Brigadier Castellano que era el Jefe de Brigada, nos asignaron un lugar para trabajar en el nuevo aeropuerto (como se llamaba en aquella época). La información que nos dio el Brigadier a todo el Estado Mayor fue ambigua. Se había creado en el joven Estado Mayor la idea que existía un conflicto político muy importante con Chile y se pensaba realizar un operativo real en la Zona chilena de la Isla de Tierra del Fuego.

Comenzamos a analizar la cartografía y a estudiar como confeccionar un plan con los elementos que se nos habían asignado.

La tarde del sábado 27 de Marzo pasó rápidamente en filosóficas discusiones bélicas y cada uno trató de expresar sus fantasías guerreras en los planes de operaciones, ya que la mayoría de nosotros éramos Oficiales Jefes y nos desempeñaríamos como un Estado Mayor, constituido para atacar un enemigo desconocido, algo que no parecía serio. Tenía designado como auxiliar al Mayor Mario Módica, compañero mío que estaba destinado en Comodoro Rivadavia en el Grupo II de Comunicaciones.

Al día siguiente, domingo, en horas de la mañana mientras estaba poniendo en práctica mi imaginación, me ordenan presentarme al despacho del Brigadier Castellano. Nunca había trabajado con el Brigadier, ni creo que él, en ese momento hubiera tenido mayores antecedentes míos.

En la reunión me explicó que solo él y yo a partir de ese momento, íbamos a saber la finalidad por la cual estábamos en Comodoro Rivadavia. El objetivo era ir a las Islas Malvinas, estar unas 48 horas y volver.

En ese momento quede shockeado, me costaba concentrarme en lo que él me expresaba. Me informó que había sido seleccionado por mis excelentes antecedentes de la especialidad y por mis desempeños en varios operativos.

Me entregó una hoja que era el anexo de comunicaciones a la orden de operaciones conjunta para la invasión a las Islas Malvinas. Tenía muy poco escrito, me pidió que la leyera y que le hiciera algún comentario, cualquier duda que tuviera debía solo consultarla con él. Me recalcó que la información era estrictamente confidencial y secreta.

Me ordenó que no hablara con mi familia por teléfono y que actuara en forma normal como que nada sabía y que todo lo que pudiera necesitar estaba a mi disposición. El secreto incluía al Estado Mayor del que formaba parte y para trabajar más aislado me asigno un lugar en el Taller Radioeléctrico de la Región Aérea Sur.

Cuando leí el Anexo *Comunicaciones al plan de invasión a las Islas*, el mismo no decía **Nada**. Recuerdo que tenía fecha de iniciación el 1 de abril de 1982 y que la duración decía 48 horas, el resto estaba en blanco, le pedí algunas aclaraciones y me informó que el objetivo era Puerto Argentino, que el día lunes iba a ir el Vuelo regular de LADE y podíamos utilizarlo.

Al salir del despacho del Brigadier me fui meditando y muy concentrado, no sabía cómo reaccionar, al llegar a mi oficina en el Taller Radioeléctrico, sonó el teléfono, era el Comodoro Castaña que me preguntaba si ya había pensado lo que debíamos hacer, le dije que sí, que según mi experiencia debíamos utilizar ideas sencillas y ya probadas, por lo que sugería instalar un equipo de HF en la casa del representante de LADE y que el equipo sea de los Collins que tenía la empresa aérea instalado en sus sucursales.

Conocía muy bien la red de LADE, las frecuencias estaban limpias y permanentemente probadas entre estaciones fijas y aeronaves, los equipos eran muy confiables y de fácil instalación y existía autorización para utilizar esas frecuencias por parte del Gobierno Inglés. También en caso de tener problemas con las autoridades inglesas se podía demostrar que los equipos eran similares a los ya instalados. Me dijo que le gustaba la idea y que me iba a confirmar si existía algún problema. A los pocos minutos me confirmó que al día siguiente en el vuelo de LADE iban a estar los equipos y el personal para instalarlo, además me dijo que iban en vuelo desde Paraná un oficial y doce suboficiales del Grupo 1 de Comunicaciones para trabajar en el plan.

Como debía pensar en todos los elementos que los técnicos de LADE debían llevar para instalar el equipo, para no olvidarme de nada fui a la planta transmisora para analizar la instalación e hice una lista de todos los elementos y herramientas que se necesitaban para instalar un equipo. Para cada paso de instalación pensaba la o las herramientas necesarias y los problemas que podrían surgir.

A partir de ese momento debía cumplir dos papeles; el primero, simular que trabajaba en el plan que elaboraba en ese momento el Estado Mayor y segundo el más importante prever los elementos necesarios para instalar un enlace al día siguiente desde la Isla, que para mí era el real.

Fue para mí muy difícil ver como el resto del grupo trabajaba inútilmente en un plan totalmente simulado, y uno solo tenía a cargo llevar adelante el plan de comunicaciones para invadir las Islas.

A la tarde se me presentó el personal del Grupo 1 de Comunicaciones, su Jefe era el Primer Teniente Zanardi al que lo acompañaban 12 suboficiales, junto a ellos estaba el Suboficial Mayor Barbe, especialista en comunicaciones, en ese momento Jefe del servicio de Comunicaciones de la Escuela de Aviación pero que había estado destinado en los dos últimos años en Puerto Argentino.

Me daba la sensación que el tiempo corría más rápido de lo habitual.

Hablamos entre todo el equipo de los elementos que era necesario instalar en un Aeropuerto para brindar seguridad a las operaciones, cuales son los enlaces mínimos y que equipos son los más convenientes llevar para poder brindar un buen servicio operativo.

Los conocimientos del Suboficial Barbe sobre las instalaciones de la Isla eran fundamentales, él había mantenido el VOR de Puerto Argentino y operado las frecuencias de LADE. Aproveché como no lo conocía, a preguntarle en forma indirecta como era la vida en la Isla, el sistema de Comunicaciones, las instalaciones que tenía LADE. Fue para mí un excelente informante, porque poseía datos muy concretos, conocía muy bien la especialidad y me aportaba ideas muy claras sobre como debía ser la primera etapa de nuestro plan de operaciones.

Primera parte del plan

El plan era muy sencillo y muy concreto, contaba con dos etapas, la primera instalar un equipo en Puerto Argentino de la forma más sencilla pero eficaz para pasar información segura entre la Isla y el Continente antes de la Invasión, la segunda, era instalar las comunicaciones necesarias para operar durante 48 horas en el Aeródromo de Puerto Argentino.

La primera etapa resolvimos realizarla con dos empleados civiles de LADE que iban a ir en el vuelo regular de línea el día lunes 29 y que pernoctaba en Puerto Argentino. Se seleccionaron dos técnicos civiles de LADE, porque ellos tenían la autorización (pasaporte especial) para ingresar a la Isla que se tramitaba en la Cancillería Argentina. Los nuevos equipos y herramientas irían en el vuelo como si fueran para ser instalados en la Agencia de LADE. Los jóvenes técnicos tenían solo esa noche para instalar los equipos y la antena, debido a que debían regresar con el vuelo del día siguiente. Por ese circuito de comunicaciones se iba a pasar información meteorológica horaria (QAM) de Puerto Argentino, con un código muy simple, la velocidad del viento en nudos indicaba la cantidad estimada de personal militar en la zona, y no recuerdo que otros datos más indicaba la clave que se utilizó.

Esa noche me fue difícil dormir, pensaba en todo momento como se debía perfeccionar el plan.

El día 29 de Marzo comencé a ver que había gente del Estado Mayor a la que muchas cosas no le cerraban y por presión o por preguntas, el Brigadier nos informó a la Plana Mayor cual era verdadero motivo por el cual estábamos allí. Para mí fue un alivio, podía ahora compartir con alguien las alternativas previstas del plan. Este seguía siendo secreto para el resto de los colaboradores del Estado Mayor.

Tuvimos una pequeña reunión con el personal del Grupo 1, nadie era un improvisado, todos conocían perfectamente la especialidad y estaban entrenados para el trabajo que se les había asignado; de esa reunión surgió del Suboficial Barbe la posibilidad de escuchar radio Malvinas.

La radio en Puerto Argentino era por cable, y en cada casa había un parlante con una perilla que le permitía regular el volumen, pero para los habitantes de las otras islas y de las estancias próximas al pueblo se utilizaban una frecuencia en la banda baja de HF, muy próxima a los dos megaciclos debido a que no podían hacerlo por cable.

Le pedí al Mayor Módica, colaboración para instalar un receptor en el taller. Como necesitábamos un mástil de 6 metros salimos urgente a comprarlo y posteriormente a instalarlo arriba del taller de radioayudas de la Región Aérea Sur.

En poco tiempo comenzamos a escuchar la broadcasting de Malvinas, a todos se nos llenó la cara de alegría. Esa alegría era interna por que no todos conocían el plan.

A partir de ese momento nuestro personal escuchaba solamente la frecuencia de la radio de Malvinas; tratábamos de aportar datos para Inteligencia. Ya vivíamos la gesta de Malvinas.

Mientras escuchábamos música y noticias de la BBC, el operador de la radio informó que iba a leer un mensaje enviado por la reina de Inglaterra al Gobernador de la Isla. En ese mensaje, para asombro de nosotros la Reina explicaba que existían rumores que la República Argentina estaba preparando una invasión a las Islas, que Gran Bretaña no la podía evitar pero que iba a hacer todo lo que estuviera a su alcance para recuperarlas. El mensaje leído finalizaba con la tradicional frase *Dios salve a la reina*. A pedido del Vicecomodoro Mendiberri que se desempeñaba como Jefe de Inteligencia de la Brigada, la misma fue grabada y enviada por él a la IX Brigada de Infantería donde ya funcionaba un Estado Mayor.

Fuimos a esperar el avión de LADE en el que venían los técnicos que nos enviaban para instalar los equipos. Tenían poco más de 20 años. Les dimos instrucciones de lo que necesitábamos y la forma de realizar las pruebas. En esa hora fuimos lo más claro y precisos con ellos. Quizás les transmitimos una responsabilidad muy grande, se fueron sin decir palabras. Sabíamos el clima que ya vivían los Isleños debido al mensaje que se emitía por la Radio Malvinas.

La madrugada del día martes 30 de marzo, ya sabíamos que el primer paso había sido dado con éxito, los equipos funcionaban perfectamente bien, el Vicecomodoro Gamen y el Vicecomodoro Gilbert y cumplían la ficticia función de meteorólogos.

Fuimos a recibir el vuelo de regreso donde nuestros técnicos venían de cumplir tan exitosa misión, ambos estaban extenuados, no podían hablar por la afonía que tenían debido al frío que habían tomado en la noche instalando las antenas en el exterior de la casa, trabajando a oscuras y peleando contra el frío viento reinante. Pero se los notaba felices porque habían superado todos los problemas y veían lo agradecidos que estábamos todos nosotros.

Es una lástima no recordar sus nombres, ya que fueron de los primeros que trabajaron para esta gesta.

Nuestra primera etapa del Plan se había cumplido, ya se recibía información meteorológica *adicional* de Puerto Argentino.

La tarde del martes seguimos trabajando con nuestras tareas, analizando el plan de frecuencias, controlando los equipos, y previendo que íbamos a llevar en cada vuelo.

A medida que iba llegando el día 1 de abril, más difícil era dormir, pues ya había mucha gente llegando o trabajando en el operativo. No todos conocían el plan por lo que se dificultaban mucho más las conversaciones diarias.

El día 31 de marzo en las primeras horas del día nuestros especialistas tenían todo listo para actuar a la madrugada del día siguiente. Cada uno sabía lo que tenía que hacer, que debía instalar, y como lo debía hacer.

Ese día a la tarde, hablando informalmente con los médicos de la Brigada nos comentaron que ellos iban a tener preparados para cualquier emergencia varios quirófanos en el Hospital de YPF que quedaba ubicado en un lugar denominado Kilómetro 3, camino a la Ciudad de Comodoro Rivadavia, pensé en la necesidad de poder tener un enlace directo con sanidad por cualquier emergencia que tuviéramos en la Isla.

La idea era que, en caso de evacuaciones sanitarias por medio de aeronaves, los médicos conocieran el diagnóstico de antemano para preparar los quirófanos y prever el tipo de ambulancia. Ese trabajo se lo pedí al Mayor Módica, él conocía muy bien al personal de médicos de la Guarnición y también muy bien la forma de implementar un enlace.

Cuando anochece comenzaron a llegar varios aviones Hércules C-130, no fue el ruido lo que delató la presencia de ellos, sino la conquista de espacios en los casinos, las piezas tenían varias cuchetas y un sinnúmero de bolsos, ya era difícil hasta obtener un lugar para dormir.

Como pasa en estos casos las bromas estaban a la orden del día. Eran muy pocos los que tomaban este momento con miedo, daba sensación que el nerviosismo nos obligaba a actuar de esa manera.

Cerca de medianoche se nos informó que debido al mal tiempo, la Armada pedía demorar 24 horas el desembarco. Fueron 24 horas más de vigilia, de pensar, de recordar, y de analizar lo ya planeado.

El arribo a las Islas Malvinas

El día 2 de abril a la madrugada embarcamos en el primer avión C-130 que despegó con destino a Puerto Argentinos. Además del Estado Mayor, iba el GOE y el Grupo de 1 de Comunicaciones. El

vuelo fue en silencio, íbamos ubicados al costado de dos vehículos del Ejército. Fue más largo de lo habitual, ya aterrizados y mientras íbamos carreteando hacia la plataforma el personal del GOE se fue tirando del avión. Cuando se nos dio la orden de descender del avión, mientras íbamos tomando posición hacia la torre de control se sentían disparos aislados y se veían tambores de 200 litros obstruyendo la pista de aterrizaje.

No había pasado un minuto que ya desde nuestro lugar de operación, debajo de la torre de control, con el equipo portátil de HF estábamos comunicados con el continente. El personal de operaciones ya estaba autorizando aterrizajes y despegues y coordinando los vuelos con helicópteros de la Armada a través de nuestro VHF portátil.

Todo funcionaba tal cual lo habíamos pensados, los operadores enviando y recibiendo mensajes con total naturalidad. Comenzamos a instalar los equipos fijos y también a estudiar donde se debían pasar los cables para habilitar una pequeña central telefónica para el Estado Mayor.

A pesar del movimiento intenso que había en el Aeropuerto, las versiones que circulaban, y que los disparos seguían en un extremo del aeropuerto, el personal de comunicaciones (que ya habían sido bautizados por el Primer teniente Zanardi como *los ganchos salvajes*), estaban calentando el agua para tomar mate. Todos los que fueron estaban muy entrenados, trabajaban rápidamente y en silencio.

El apodo de *ganchos*, se debió a que todos eran suboficiales de comunicaciones y es común en nuestra Fuerza expresarse en forma lunfarda, cuando se está hablando de Suboficiales, y el de *salvajes* fue porque en aquella época tuvo mucho éxito la película de guerra *Los gansos salvajes* y por similitud al desempeño de un bravo pelotón de soldados norteamericanos los comenzamos a definir como los *Ganchos Salvajes*.

Recuerdo de esos momentos dos anécdotas, la primera era que desde el continente todos los aviones que participaban en esta invasión tenían los indicativos Litro más un número.

De pronto un avión argentino que se identificó con un indicativo diferente a Litro, pedía autorización para aterrizar.

Rompió con la rutina, era algo fuera de la planificación y creó el mismo nerviosismo que si un avión inglés pedía autorización para aterrizar, era un F-28 de la Armada. Por no estar previsto se le negó la autorización y viendo que el comandante de aeronave insistía se le ordeno al GOE colocar tambores de 200 litros como obstáculos en la pista para evitarlo. Fue un momento muy tenso, me impactó la decisión con que actuaba el joven Estado Mayor, en el avión venía el Comandante de Operaciones Navales. El avión tuvo que regresar.

Otra anécdota interesante fue la evacuación de heridos, un grupo de cuatro o cinco hombres de la Armada que habían participado en la Toma de la Casa del Gobernador habían sido heridos por armas largas, los habían llevados en helicópteros para operarlos en uno de los barcos que hacía de hospital, pero dado la gravedad optaron por enviarlos al continente por modo aéreo. A través de nuestro sistema de coordinación médica pudimos comunicarles a los médicos del Hospital de YPF el diagnóstico exacto que tenía cada paciente, que curaciones se le pudieron hacer en el barco y que tipo de cirugía se debía realizar a cada uno de ellos. Los heridos fueron trasladados desde el barco al aeropuerto en helicópteros y desde allí en F-28 al continente. En Comodoro Rivadavia siempre nos agradecieron el poder saber con antelación el tipo de tratamiento que había recibido cada uno de los heridos para poder prever a los especialistas, y gracias a esa coordinación pudimos salvar más de una vida.

A todo esto, con los *ganchos salvajes* ya estábamos viendo cual era el mejor lugar para *acobacharse*, ya que teníamos un refrigerio para pasar el primer día de combate y lo principal era prever el lugar de descanso.

Primer acto oficial del izamiento de la bandera argentina en Puerto Argentino

Aproximadamente a eso de las 10 de la mañana del 2 de abril, el Brigadier Castellano me ordenó que con un Suboficial de Comunicaciones me dirija a la ciudad para un acto, donde por primera vez se iba a izar la bandera argentina después de la usurpación inglesa. Fácil es decirlo, pero muy difícil de concretarlo, ya que nosotros no teníamos vehículos, nuestra misión era solo estar en la Isla 48 horas y brindar las comunicaciones para un óptimo funcionamiento del aeropuerto, no teníamos previsto ningún vehículo en nuestros planes

Mientras analizábamos como llegar al centro de la ciudad, que creo que estaba a unos seis o siete kilómetros, se acerca una lancha anfibia de la Armada a conocer la zona del aeropuerto. Tenía unas ruedas muy grandes tipo tractor, con frente (capot) similar a una lancha. Le pedimos si nos podían llevar hasta la casa del Gobernador, aceptaron y nos llevaron hasta ese sitio.

Fuimos sentados sobre la carrocería, el camino estaba vacío, se veían banderas argentinas colgadas de algunos alambrados. Fue un viaje incomodo, pero lleno de emoción.

Cuando llegamos a la ciudad me dio la impresión de estar deshabitada, el chofer sufrió el primer impacto al ver que los escasos vehículos circulaban por el lado opuesto a lo que estábamos acostumbrados.

Al llegar a las inmediaciones de la casa del Gobernador, mi primera sorpresa fue encontrarme alrededor del mástil al Vicecomodoro Alegría, estaba vestido de combate con una gorra de servicio, junto a él estaba el Vicecomodoro Gilobert vestido con ropas civiles y en su cabeza una gorra de servicio, también estaba el Vicecomodoro Gamen vestido de civil con su familia.

El mástil de la casa del Gobernador, estaba en un pequeño jardín en desnivel en el costado de la residencia y terminaba en la calle principal que bordeaba el mar. A pocos metros de allí, había muerto el Cap. Giachino.

Se ordenó realizar la formación en frente del mástil. La Armada y el Ejército tenían una sección con bandera de guerra y escolta, el lugar de ubicación de ellos era de espaldas al mar, o sea mirando a la casa del Gobernador.

A mí criterio la Fuerza Aérea no estaba prevista en esta ceremonia. Nosotros no teníamos ningún tipo de bandera, ni tampoco tropa para participar en esta formación. A cargo de la sección del Grupo especial del Ejército estaba el Teniente Coronel Seneldin.

En un costado donde se colocan los invitados, estaba la Fuerza Aérea representada por el Brigadier Castellano, los Vicecomodoros Alegría, Gilobert, y Gamen, un suboficial de comunicaciones y yo, también estaba la familia Gamen.

En ese acto había tantos periodistas y camarógrafos como militares.

Se ató en el mástil una bandera argentina muy grande, la persona seleccionada para izarla era el General García.

Para obtener buenas fotografías y facilitarles el trabajo a los camarógrafos, el izamiento era realizado muy lentamente, el viento era fuerte y soplab a nuestras espaldas, la bandera desde el primer momento flameaba inquieta.

Cuando pasó la mitad del mástil, se desató el extremo inferior, segundos después el superior y la bandera se voló del mástil ante el asombro de los presentes. Todos quedamos inmóviles y sin reaccionar.

Para los que estábamos en la ceremonia fue una premonición de lo que iba a ser la guerra.

Fue tal el nerviosismo de los que izaban la bandera, que el general soltó la cuerda del mástil y por el propio peso y la acción del viento se desenhebró de la roldana.

No solo se había volado la bandera, sino que la cuerda estaba en el suelo.

Tomó la iniciativa el Teniente Coronel Seneldin y le ordenó a uno de sus hombres que se subiera al mástil y que enhebrara la cuerda en la roldana del mástil. Después de varios intentos al estilo marinero lo consiguió y se repitió la ceremonia. Ya no era lo mismo, no tenía la emoción de la primera vez.

Cuando nos desconcentramos y hablábamos de nuestras experiencias vividas, yo pensaba en que podíamos volver al aeropuerto.

La estación de comunicaciones Cables & Wireless

Al costado de la casa del Gobernador estaba la planta de comunicaciones de la Empresa Cables and Wireless. Cuando pasamos caminando vimos que había un soldado del ejército de guardia, quien no nos impidió la entrada al vernos de uniforme. Recorrí la planta, era un edificio sencillo, con grandes ventanales y que en su interior tenía un equipamiento muy similar al que poseía la Fuerza Aérea en las cabeceras de comunicaciones del Tránsito Aéreo.

Mientras íbamos caminando hacia la oficina de LADE, el Vicecomodoro Alegría me pregunta si podía hacer funcionar la estación, le respondí que sí. Me volvió a recalcar y le insistí que sí, que me sentía capacitado. Tengo la certeza que el Vicecomodoro me creyó, ya que me conocía de haber trabajado juntos en la IV Brigada Aérea.

Le insistí que estaba en condiciones de hacerla funcionar. Me pidió que vaya caminando a la estación y lo espere en la puerta.

El Brigadier Castellano y el Vicecomodoro Alegría iban a la primera reunión conjunta que se realizaba en la Isla y entre los temas tratados surgió el de la estación de comunicaciones de la Isla.

El Ejército había desembarcado en la Isla con el apoyo de una Unidad de comunicaciones con asiento en Bahía Blanca y su Jefe consideraba que el sistema instalado era muy moderno y complejo como para poderlo operar; por lo tanto, aconsejaba cerrarla.

Como habíamos conseguido un vehículo que nos iba a llevar de regreso al Aeropuerto junto con el Brigadier Castellano debimos esperar que finalice la reunión.

Finalizada la misma el Brigadier y el Vicecomodoro, con cinco o seis oficiales de las distintas armas fueron caminando hasta la estación de comunicaciones donde yo los estaba esperando con el suboficial que me había acompañado al acto.

El Brigadier me dio a entender con gestos que la estación la iba a operar la Fuerza Aérea, y que yo debía de rendir mi primer examen.

Antes que ellos llegarán, yo había entrado por segunda vez a la planta y la recorrí con mayor detenimiento las instalaciones, cada segundo que pasaba sabía que estaba capacitado para operarla sin ningún problema, conocía la tecnología y la operación de la planta.

Todos ingresamos a la planta, fui caminando con seguridad al puesto de operador principal y seguí la secuencia lógica para prender los equipos de esta potencia, coloqué las frecuencias que me habían dado en ese momento y que habían sido ordenadas desde Buenos Aires, seleccioné las antenas, y esperé que el sistema automático de adaptación de antena estuviera listo.

Enfrente mío, había dos grupos, unos que necesitaban que yo triunfara y otros que apostaban a la derrota.

Los equipos necesitaban unos 3 minutos para estar operables, para muchos fue una eternidad. Cuando por medio de luces el ciclo de puesta en servicio finalizó, con seguridad me coloqué enfrente del micrófono y llame al Centro Internacional Buenos Aires.

Con muchísima alegría y en forma inmediata contestó Buenos Aires, la repuesta salió muy clara y fuerte en los parlantes.

Vi en muchos rostros una cara impresionante de asombro. Habíamos aprobado el examen, las comunicaciones internacionales y nacionales de la Islas nos pertenecían. Todos los que estábamos presentes estábamos emocionados.

Creo que una parte importante de este trabajo lo hicieron el Vicecomodoro Alegría que lo convenció al Brigadier que asumiera la responsabilidad de hacer la prueba y el Brigadier Castellano que jugo una apuesta fuerte en un oficial que no conocía.

Volvimos al Aeropuerto, las comunicaciones operativas funcionaban muy bien, la cantidad de gente que había ya era mucho mayor. Seguimos analizando como operar la estación de comunicaciones de la Isla. Decidimos que unos dos suboficiales me acompañaran y apoyarnos con el personal kelper de la empresa.

A partir de ese momento mi responsabilidad fue la de operar la estación de comunicaciones, al principio con personal de Fuerza Aérea, luego se sumaron personal de la empresa inglesa, los cuales solo realizaban trabajos administrativos.

Con el tiempo me di cuenta que las cuarenta y ocho horas que iba a durar la invasión era una utopía, ya comenzaban los rumores de que se enviaba un gobernador

Nuestro trabajo

Nosotros por medio de esa estación nos podíamos comunicar con todo el mundo. El sistema funcionaba desde la Isla hasta el continente utilizando frecuencias de HF, duplicadas y diferentes tanto para recibir como para transmitir.

Se recibían en la estación receptora de ENTEL en Don Bosco y se transmitía por la planta transmisora de Pacheco. Desde ambas plantas se comunicaban con microondas al Centro Internacional Buenos Aires, que por medio de la red nacional o por satélite nos comunicaba con el mundo.

La estación comenzó a funcionar en forma inmediata, se autorizó a hablar por teléfono al personal militar de todas las jerarquías, a medida que pasaba el tiempo era mayor la cantidad de personas que hablaban. Los kelper tuvieron restricciones para hacer uso del sistema.

Para colaborar con nosotros y para cumplir compromisos internacionales de comunicaciones antárticas unos días después se destacaron cuatro especialistas civiles de comunicaciones del correo argentino.

Dos de ellos (Lares y Pietra) habilitaron la estación costera que presta apoyo a los buques de ultramar en el sur y dos (Vitaliano y Pugliese) se encargaron de la planta transmisora y en poner en funcionamiento el TOR ARQ (sistema que permitía enviar telegramas vía HF) con la República Argentina.

La Fuerza Aérea designo dos empleados civiles de inteligencia (D'Odorico y el *Pirincho* Freyre). También fue muy importante la colaboración de tres soldados del Ejército argentino que tuvimos a nuestro mando.

Cuando se hizo cargo el Gobernador de la Isla, la estación de comunicaciones comenzó a depender del Coronel Machinandiarena quien cumplía la función de Secretario de Comunicaciones del gobierno de las Islas Malvinas.

Durante todos los días hasta la rendición la estación cumplió en forma silenciosa una extraordinaria labor, gracias a todo el personal que trabajo en la isla y a la de las operadoras del centro internacional Buenos Aires, que era de la Empresa Nacional de Telecomunicaciones.

En la mayoría de los libros que se escribieron sobre la batalla de Malvinas, nuestro selecto y reducido grupo siempre tuvo un párrafo donde se resaltó el trabajo realizado.

Uno de los personajes discutidos que usaba nuestra estación para hablar con los medios fue el Padre Fernández, un capellán del Ejército que por medio de las radios de todo el mundo quiso mandar tranquilidad a los parientes de los soldados. En un principio fue visto muy bien, pero luego que se fue complicando la situación bélica su aparición fue más esporádica, debido a que sus informaciones eran aprovechadas por los servicios de inteligencia británicos.

Tuvo la oportunidad de hablar por medio de nuestra estación con las radios más lejanas y raras del mundo, inclusive hablo con la BBC de Londres.

Entre las anécdotas más interesantes está la de la escucha en forma diaria de las comunicaciones entre los aviones de reconocimiento de la Fuerza Aérea Argentina sobre el Atlántico, próximo a Ascensión y de los comentarios con el personal que venía a hablar por teléfono. Lo que ellos observaban a pocos les interesaba, nadie nos creía cual era la dimensión de la flota.

Mientras tanto seguíamos vendiendo por medio del Correo televisores en cuotas con normas PAL para poder ver el programa emitido por el primer canal de TV instalado con un equipo donado por un pueblo de Misiones. Unos ingenieros realizaban estudio de cómo ampliar la costanera y otro grupo analizaba donde se iba a instalar el barrio con las 200 casas para funcionarios argentinos que se iban a construir.

Había un sector que vivía un mundo irreal, se demoraban en descargar los barcos porque se los usaba como alojamiento, no existía restricción de combustible, muchos estaban convencidos que la guerra nunca iba a comenzar.

Comienza la Batalla

El bombardeo del 1 de mayo, fue el primer síntoma importante de alerta que cambió radicalmente la manera de pensar. Se habían perdidos varios días viviendo una realidad ficticia.

Teníamos también un fuerte indicio de que la invasión estaba en marcha. Una de nuestras funciones era la de reenviar los air letters al personal de la Antártida de las distintas bases extranjeras.

Recibíamos los textos y los retransmitíamos por nuestro sistema de telex. En los textos de las cartas veíamos que los *primos estaban por visitarnos, mi primo ya se embarcó, tu primo llega dentro de unos días y me trae regalos, etc.*

Por medio de este circuito conocimos al instante la rendición de Gritviken, y cuando fui a dar la novedad al Estado Mayor, el personal de la Armada reaccionó y me amenazó con hacerme un Consejo de Guerra por emitir falsos testimonios. Se me informó oficialmente que los Lagartos eran una tropa de elite y que poseían un arma secreta que era el Mambo, lo que los hacía invencibles. Le ordenaron al Vicecomodoro Miari realizarme un Consejo de Guerra.

Me fui desmoralizado a la estación, pero allí pude comprobar que en las Bases Antárticas estaban de fiesta, *los primos habían llegado*. Comprobé que la información que tenían algunas autoridades de la Isla era totalmente falsa. Recuerdo como llorábamos de impotencia junto al receptor cuando escuchábamos que enviaban un C-130 a hacer reconocimiento sobre Gritviken.

Gracias a Dios no les sucedió nada. Cuarenta y ocho horas desde el momento que había dado la novedad sobre la rendición, las evidencias eran tantas que ya nadie creía en los Lagartos. Nunca nadie me informó que pasó con mi Consejo de Guerra. Esa amargura me duró toda la Guerra.

Nuestras tareas continuaron con mayor empeño, cada vez venían más personas a hablar por teléfono con sus familiares. Muchos de ellos ya estaban viviendo experiencias muy especiales como derribar algún Harrier con su sistema de artillería, haber sido heridos por esquirlas del bombardeo naval enemigo, o haber sufrido algún accidente con armamento.

Estas permanentes visitas nos permitían conocer como evolucionaba el conflicto y cuáles eran los principales problemas.

Algo que me asombró durante ese periodo fue la entereza del personal militar de todas las jerarquías cuando hablaba con algún familiar, nosotros escuchábamos las comunicaciones, ya que nuestros auriculares y micrófonos estaban en paralelo.

Escuchamos personas que estaban heridas de gravedad, que habían sufrido mutilaciones de miembros o quemaduras muy importantes que se sentían orgullosos por haber podido combatir. Llamaba poderosamente la atención la tranquilidad de espíritu de todos ellos, sin ninguna duda se sentían como quijotes de tan digna causa.

Otro recuerdo muy interesante fue el día que lo comuniqué al Oficial de Gendarmería cuyos hombres habían tenido un grave accidente con un helicóptero y le explicaba a su Jefe los actos heroicos que se habían vivido, rescate de personal herido en medio del helicóptero en llamas y próximo a explotar.

Quienes lo habíamos vivido sabíamos lo que es un acto heroico, hecho que la persona que estaba en la otra punta del teléfono no podría nunca entenderlo, esos momentos pueden ser evaluados solo por los participantes.

El bombardeo nos fue generando problemas en el campo de antenas de la planta transmisora, pero nuestra gente en forma diaria y heroica fue solucionando los problemas.

Entrado el mes de junio, la situación se fue complicando, los bombardeos navales eran diarios, el personal que venía a hablar por teléfono eran combatientes que habían tenido contacto con el enemigo en emboscadas, se habían eyectado o sus embarcaciones habían sufridos ataques aéreos. Pero el espíritu era muy alto y en general todos se sentían motivados.

Había un grupo importante de personas que no tenían un rol específico de combate, y que en forma permanente aparecían a hablar por teléfono. Daba la sensación que sobraban, nosotros los habíamos bautizado como *los mutantes*. Como tratábamos de facilitarle las comunicaciones a aquellos que venían de lugares muy distantes, las escasas dos líneas que poseíamos las encontraban ocupadas. Para evitar que eso suceda a los asiduos concurrentes les empezamos a pedir autorización de sus jefes, pero eso no fue obstáculo, se conseguían autorización escrita para hablar por teléfono.

Los últimos días

Una de las personas que venía a hablar por teléfono era el periodista Kazanew, el vio que el lugar más importante para saber cómo estaba realmente la situación era la estación de comunicaciones. Muchas de las anécdotas de su libro fueron sacadas de ese recinto.

Un día nos enteramos que a fines de mayo era el cumpleaños de Kazanew, lo invitamos a nuestra casa a cenar, si mal no recuerdo el cocinero era el Vicecomodoro Mendiberri quien había hecho unas milanesas utilizando como pan rallado las galletitas Criollitas, fue una velada agradable. Recuerdo que en ese momento Mendiberri que es un hombre con mucho conocimiento de inteligencia y un estudioso de la historia, profetizó con lujo de detalles como iba a terminar la guerra y hasta arriesgó un pronóstico de fecha de rendición. Kazanew estaba asombrado de lo que escuchaba. Los hechos le fueron dando la razón con precisión milimétrica.

Unos días antes de rendirnos me llamó por teléfono el Vicecomodoro Mendiberri, me pidió que observe por la ventana de la estación que daba hacia la costanera y le contara lo que veía. Para mi asombro, observé como una procesión de soldados en estado deplorable caminaba por la costanera e iba en dirección al centro de Puerto Argentino. Eran los soldados que huían de la artillería de los cerros Dos hermanas. Muchos de ellos llevaban arrastrando por medio de sogas o cintos a los compañeros heridos.

Era un espectáculo muy triste. La hora final estaba por llegar.

Algunos soldados con los que tuve oportunidad de hablar me comentaban que en los puestos de artillería normalmente se cumplían turnos, y mientras sus compañeros estaban combatiendo en las alturas donde generalmente se ponen las piezas de artillería, ellos descansaban en los campamentos en la parte inferior de los cerros, muy cerca del único camino que venía del norte.

Esa noche, mientras estaban descansando, se infiltró una patrulla de Gurkas, muy bien equipados con anteojos de visión nocturnas, y aquellos que estaban durmiendo fueron sorprendidos. Nuestros soldados se despertaron sobresaltados y amenazados. Los dejaron correr por la noche despavoridos, lo que generó pánico al resto y como un efecto cascada los soldados encontraron como alivio el camino a Puerto Argentino, donde trataron de estar a salvo en el menor tiempo posible alertando al resto de sus compañeros. La confusión que se generó hizo que en breve plazo existiera una usina de rumores, desde que mutilaban a los soldados, los decapitaban, etc etc, esta transmisión oral de anécdotas fue muy favorable para los ingleses.

Nuestros soldados solo llevaban el casco, la mayoría del armamento personal lo habían dejado en sus campamentos. Los oficiales y los suboficiales siguieron combatiendo.

Cuando fui designado como Jefe de la Estación de Comunicaciones, pensé en mi fuero interno que iba a estar lejos de donde se iban a realizarían los combates, pero los últimos días fuimos blanco de esquirlas de morteros, granadas y disparos de armas largas. Como el edificio era de madera, comenzamos a poner las fuentes de alimentación como barreras contra los proyectiles y las esquirlas. La estación terminó maltrecha, pero operativa hasta el último minuto.

Dos días antes de rendirnos la situación era insostenible, evacuamos en avión al personal civil de ENTEL que había trabajado con nosotros, fue un momento nostálgico, nos habíamos hecho amigos en el peligro.

El fin de la contienda

El día de la rendición estaba operando los equipos cuando apareció amablemente un oficial inglés quien me dijo que yo estaba en territorio inglés, que debería entregar la estación y dirigirme a la zona argentina. Me fui con cierta nostalgia, quise llegar a mi casa a retirar mis objetos personales, no me dejaron. Habían quedado pequeñas cosas, que para uno en ese momento tienen un valor incalculable. Fui obligado a ir caminando hacia el centro de la ciudad. Mis únicas pertenencias eran lo que llevaba puesto.

Llegué hasta la oficina comercial de LADE que estaba a pocas cuadras de distancia y comencé a operar con los equipos de la empresa utilizando la red de radioconversación. Sentía que el estar comunicado con alguien me daba tranquilidad

Esa noche mientras estábamos alojados en la oficina en el segundo piso, vimos como comenzaba a quemarse un aserradero o deposito que estaba en la parte de atrás del edificio. El incendio tomo dimensiones muy grandes, la población civil (hombres y mujeres) dirigidas por personal de seguridad ingleses trabajaron en apagar el fuego, nosotros fuimos solamente espectadores. Siempre pensamos que era un incendio intencional producido por los Mutantes.

Al día siguiente nos llevaron al aeropuerto, que era la zona argentina, mientras íbamos podíamos observar como los soldados entregaban sus armamentos al costado del camino.

Se veía una infinidad increíble de fusiles FAL apilados en la ruta en las afuera de la ciudad.

Los oficiales argentinos mientras estaban los soldados no tuvimos que entregar las armas y en el caso particular mío continué con mi pistola provista.

En la zona del aeropuerto había aproximada unas 1000 personas, estaban prácticamente en los lugares donde habían estado combatiendo. Yo me sentí como un extraño.

El paisaje que se veía eran muy triste, había un número importante de aviones rotos entre los escombros de la zona bombardeada de la pista, una gran cantidad de fogatas dispersas, y personal militar con los uniformes embarrados y barbudos. Muchos caminaban sin rumbo entre el barro y los desperdicios. Algunos vehículos como topadoras a oruga y tractores seguían moviéndose por la zona.

Ese espectáculo desgarrante y desolador se veía también agravado por los días grises y lluviosos de esa época del año. Los mutantes en esta zona y a esta hora eran centenares.

Cada uno de ellos era un peligro en potencia, por lo que robaba, por lo que destruía y por lo que hacía, eran un mal endémico, operaban libremente durante el día y la noche.

Me acuerdo un ejemplo que nos dejó a todos con la boca abierta, uno de ellos se subió a uno de los aviones Pucará que se encontraban fuera de servicio. Se sentó, se ató e hizo funcionar el asiento eyectable, se vio como el asiento volaba por los aires y después el paracaídas se abría, salvando su vida de casualidad.

A pesar del caos imperante pude rápidamente ubicarme con los camaradas en el lugar donde funcionó la jefatura del aeropuerto. Al pasar por un sector del mismo, encontré un equipo de HF portátil, Marca Grinnel que era de los que habíamos llevado nosotros a la Isla. Nos conseguimos una batería y nos comunicamos con el continente siempre por medio de la red de LADE, recuerdo que tuve oportunidad de hablar con el Brigadier Crespo que estaba en Comodoro Rivadavia y también con mi familia. Cuando ya estábamos por ser trasladados con mucho dolor del alma rompimos nuestros fieles equipos.

Los ingleses fueron poco a poco llevando los prisioneros a los barcos y la zona se fue despoblando.

Mi experiencia como prisionero de guerra

Al día siguiente fuimos separados y en un grupo grande nos llevaron a la zona de administración del puerto. Nos alojamos en una habitación muy reducida donde pasamos la noche. En un momento pudimos por una ventana ingresar al segundo piso, donde estuvimos más cómodos, también encontramos algunos productos en lata y chocolate de origen inglés. Nos vino muy bien, porque ya comenzaba a hacer mucho frío y uno tenía que tener sus provisiones, ya que éramos prisioneros autónomos, comíamos lo que podíamos conseguir.

Cerca de medio día nos llevaron hasta cerca del Town Hall donde había un terreno bastante amplio, desde allí fuimos embarcado en un helicóptero Chinook que nos llevó, pese al mal tiempo hasta un frigorífico abandonado en San Carlos que fue, a partir de allí, nuestra prisión.

Como ya tenía experiencia que en combate todo elemento que se ve es útil, antes de entrar al frío y triste local donde iba a ser nuestra celda colectiva, ya me había apropiado de una caja de cartón, que una vez desarmada, iba a ser mi colchón por varias semanas. Fue algo envidiado por varios y prestado en algunas horas a algunos amigos.

Por razones de afinidad y de amistad, nos juntamos en un sector aquellos que sin distinción de armas, ya teníamos unos cuantos días de haber vivido experiencias bélicas.

Mi primera comida caliente fue para mí una experiencia nueva, los ingleses no nos daban cubiertos y platos, y no todos teníamos bolsa de rancho. En la cola para servirse, nos correspondía un cucharón por persona. En mi caso particular, utilicé como plato mis manos cubiertas por un pequeño trozo de nylon, la comida estaba caliente lo que me quemaba las manos, pero sin perder tiempo me llevé las manos a la boca y me puse a comer como un perro. Para la segunda vez comenzamos a conseguir elementos como latas de conserva y maderas para hacer tenedores y cucharas. Por primera vez supe lo que significa en la vida militar *elemento de circunstancias*. Todo servía.

Un pequeño grupo electrógeno nos daba luz, y también nos permitía por medio de dos conductores colocados en una lata sobre un cartón calentar agua.

La jerarquía de *mutante* la teníamos todos, ya sabíamos cómo hacer corto circuitos en el sistema para poder obtener algo en la oscuridad o simplemente para generarles malestar a los ingleses. Ya nos habíamos ofrecido como cocineros, lo cual nos permitía hacer la comida al gusto argentino y poder obtener algo extra de las despensas.

Nos comenzaron a visitar los observadores de la Cruz Roja, dos hombres y una mujer, todos de origen suizo. Reclamábamos por el estado que estábamos viviendo, la falta de baños, y la imposibilidad de higienizarnos que fue aumentando día a día

Al principio nos llevaron a caminar en un corral que quedaba al lado del frigorífico y pegado al cementerio argentino, hacia siempre mucho frío y el piso del corral era puro barro. Esta actividad no se suspendió por lluvia, nieve o mal tiempo.

Al cabo de varios días, desde allí pudimos ver que en un descampado algo estaban haciendo a unos 200 metros de nuestra prisión. Eran cuatro pilares de madera, de unos dos metros de altura, donde en la parte superior se construía una plataforma y se estaban colocando tambores de 200 litros. En la parte inferior habían instalado 4 duchas.

Cuando terminaron la instalación nos llevaron en grupos. Nos teníamos que desvestir y durante dos minutos caía agua tibia sobre nuestras cabezas. El agua se calentaba con unos calentadores a gas, era izado hasta la parte superior donde se volcaba sobre uno de los tambores y desde allí se abría el paso del agua durante dos minutos. Tres elementos fundamentales faltaban para hacer placentero el baño, era al aire libre, con temperatura cercana a los cero grados, no teníamos jabón, ni toallas para secarnos.

Después de esta experiencia, creo que todos íbamos a reflexionar antes de seguir pidiendo que se nos concedieran algunos de los derechos que tiene el prisionero de guerra.

A las dos semanas de estar prisionero en San Carlos fuimos embarcados en el Barco Saint Edmund, en cada camarote fuimos instaladas tres personas, pero sólo había dos camas. Teníamos agua y jabón lo que nos permitió ir higienizándonos de a poco y de vez en cuando bañarnos. Allí tuvimos algunas ventajas, nos daban un desayuno y una cena, bien frugal, También nos daban dos cigarrillos diarios

En una de las visitas del personal de la Cruz Roja, me dejaron una novela *El pájaro canta hasta morir*, la desarmamos e íbamos prestando hoja por hoja para que muchos la pudieran leer en forma simultánea. Fui bibliotecario de un solo libro, pero con muchos usuarios.

Al principio estuvimos anclados en la Bahía de San Carlos, y a la semana fuimos a fondear a Puerto Argentino, donde permanecimos hasta la partida a Puerto Madryn.

Éramos llevados a cubierta una vez por día durante una media hora. Pudimos ver muchas veces la cubierta del barco cubierta de nieve y observamos como reparaban algunos barcos que estaban anclados a nuestro alrededor.

En la noche del 8 de Julio, sucedió un hecho muy raro, sonó en el barco la alarma de ataque aéreo, nos obligaron a meternos en nuestros camarotes y se apagó la luz de los compartimentos. Pude ver por el reflejo de unas lámparas rojas que indicaban las salidas de emergencias que seguían encendidas, a uno de nuestros custodios que estaba arrodillado rezando.

Al día siguiente, lo encontré cuando fui al baño y le conté que lo había visto arrodillado. Me comentó que era de los marinos que salieron de Liverpool, que su barco sufrió un ataque feroz de la Fuerza Aérea y tuvieron que evacuarlo. Su vida la había salvado por milagro y ahora tenía terror cuando sonaba la alarma de ataque aéreo.

El día 9 de Julio en el sector del buque donde estábamos prisioneros, hicimos una pequeña formación en homenaje a la Patria, la presidía el Teniente Coronel Halperín, quien era el más antiguo de los oficiales en ese sector.

Antes que el Saint Edmund nos desembarcara en Puerto Madryn, un marino inglés que había estado viviendo en su juventud en Buenos Aires nos dio la despedida en castellano por los altoparlantes simulando el final feliz de un crucero de placer en la Empresa Sea Link que era la propietaria del Barco.

Las palabras dichas fueron aproximadamente las siguientes: *Su atención por favor, la Empresa Sea Link les desea a los señores pasajeros que hayan tenido un crucero muy feliz, les agradece haber seleccionado a nuestra empresa para realizar esta travesía, y los espera muy pronto para realizar un nuevo crucero de placer. Feliz retorno.*

Desde Puerto Madryn fuimos trasladados hasta el Aeropuerto de Trelew, y desde allí solicitamos al Brigadier Castellano que el Boeing 707 que nos esperaba, hiciera escala en Comodoro Rivadavia, ya que la mayoría de nuestras cosas habían quedado allí desde Abril.

Con alegría nos fuimos reencontrando con nuestros camaradas, y en Ezeiza nos esperaban nuestros familiares, fue algo muy emotivo, ver los rostros, hablar, reírse.

Me di cuenta que era una alegría distinta, única, había regresado sano y salvo de una guerra.